

Las palabras vivas

En las noches de luna llena, Huvez sentía una necesidad irresistible de escribir. Casi todos sus libros los había comenzado, o terminado, en días de luna llena.

Esos días, las ideas le desbordaban y necesitaba sacarlas fuera para despejar su cabeza.

Entonces, ponía en la máquina de escribir un folio usado por una cara:

—Hay que ahorrar papel, para salvar los árboles —decía.

Él se sentía más cómodo al escribir en la cara blanca de un folio usado.

Esto lo llevaba a pensar que aquel texto no era algo definitivo.

Por eso, escribía con más tranquilidad y con más soltura.

Aquella noche había visto tres perros que ladraban a la luna llena y pensó escribir su historia.

Metió en la máquina un folio usado y, por la parte limpia, comenzó a escribir.

Escribía deprisa, sin importarle cometer errores.

Más tarde los corregiría. Él corregía mucho sus escritos.

Huvez escribió el título de la historia. Y, en la primera frase, cometió su primer error:

«Había una vez tres puerros que ladraban a la luna...».

De pronto, se oyeron en la cocina unos ladridos estentóreos.

Huvez se levantó para ver qué sucedía.

Era algo muy extraño, porque él no tenía perro.

Encendió la luz de la cocina y el asombro desorbitó su mirada.

Sobre la mesa había una cesta con verduras.

Y, en ella, tres puerros ladraban como locos a la luna llena que asomaba por la ventana.

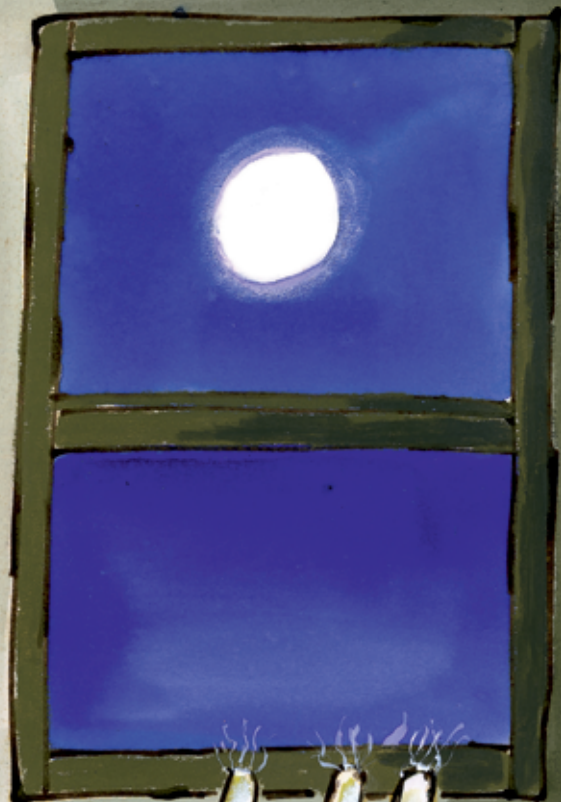
Huvez se quedó paralizado.

Él siempre había creído en el poder de la palabra.

Pero aquello... superaba a todo cuanto podía imaginar.

La frase que había escrito en el papel se había hecho realidad.





¡Sus palabras habían dado vida a la idea que expresaban!

Apagó la luz de la cocina y corrió al cuarto de baño.

Se miró en el espejo y sacó la lengua para ver si la tenía sucia.

Se pellizcó la mejilla, para asegurarse de que no estaba soñando, y se puso el termómetro.

Su temperatura era normal.

Pero, cuando regresaba a su despacho, volvió a oír a los tres puerros que ladraban a la luna.

Primero decidió continuar aquella historia, que había nacido de forma tan inesperada.

Luego, se quedó largo rato pensativo.

Sacó el folio de su vieja máquina de escribir, lo arrugó y lo tiró a la papelera.

—¡Yo no escribo este tipo de historias!
—exclamó enfadado.

Recogió un poco su mesa de trabajo y se arregló para salir a dar un paseo.

Necesitaba aclarar sus ideas.

¡Nunca las había tenido tan turbias!

Cuando cerró la puerta, aún se oía en la cocina a los tres puerros que ladraban a la luna.